

Crónica Literaria

"HUIDA", NOVELA, POR MARIA CAROLINA GEEL (NASCIMENTO)

Cada vez más lejano se divisa el tiempo en que nuestros escritores competían en ser criollos, chilenos, autóctonos y vernaculares. Sucedió ayer y se diría de un pasado remoto. Algunos, por aquí, por allá, escapaban a la ley común: eran llamados "imaginistas". El principal, con figura de jefe, siempre que pudo protestó contra el nombre, igual que, del otro lado, el gran criollista, maestro de la escuela, rehusaba el mismo honor, afirmando reiteradamente que el criollismo no le repugnaba.

La oposición viene de muy hondo: los críticos agrupan a los autores por semejanzas, porque resulta cómodo; los autores protestan contra las semejanzas y el agrupamiento, porque lo hallan incómodo. De no ser pastor, ¿a quién le gusta el rebaño? Pero el crítico sigue pastoreándolos...

Cuestión de punto de vista. Como el que adopta el público obedece también a razones de comodidad, denunciaremos el imaginismo recalcitrante de María Carolina Geel, dominada por una fantasía aérea, involuntaria, que desrealiza insensiblemente la materia y vuelve sus materiales incorpóreos. Ella lo hace sin proponérselo; porque es así, porque está en su naturaleza íntima.

No huye del espectáculo objetivo ni tiende a adentrarse en abstracciones desprovistas de color. Al contrario. Siempre, en cada página, en cada párrafo, se ven paisajes, aparecen figuras, suceden cosas, alguien habla, camina, mira, lucha y corre o huye, pero lo hace, ¿cómo diríamos?, sin prisa, sin temores, como soñando o sumergido en una atmósfera de sueño.

Gran creadora de ambiente, María Carolina recuerda a dos escritoras chilenas con las cuales no le faltan puntos de contacto, Luz de Viana y María Luisa Bombal, también soñadoras de la realidad, libres de amarras nacionales, que no ubican los hechos y pasaron indemnes por la hoguera criollista y patriotizante.

Pero nos parece que la autora de "Huida" realiza más esfuerzo que ambas por acercarse al mundo concreto y encarnar.

González Vera, cordial prologuista, lo ha notado finamente. Dice: "Hay atropellos, menudeen los incidentes. León golpea a Claudio. Este da un bofetón a un desconocido y en seguida le da dinero, porque ha sido la suya una descarga nerviosa. León castiga duramente a un fullero contumaz. Claudio es herido en un motín. Un pesquisa muere asfixiado". Por momentos interviene una corriente de folletín que produce remolinos de acción entrecruzada; hay fugas, robos y la vida oculta de la persecución. Pero así como las sobrias y viriles historias de Mañuel hacen temblar, éstas infunden una tranquilidad prodigiosa y asistimos a sus escenas como a un "ballet" muy entretenido, donde, aunque a un sujeto se le hunda el puñal hasta la empuñadura, no va a haber heridas, no va a brotar sangre, más bien se experimentará un misterioso alivio.

¿El tema, la intriga o argumento?

Echeles Ud. un galgo. En "Huida", apunta González Vera, "prevalecen la necesidad de compañía, la soledad mortal, el hambre amorosa y la tensión pasa de una página a otra. Seres morbosos deambulaban con su pesar sostenido, descontentos, ácidos, en busca de algo". Poco alimento para la curiosidad del que busca precisiones dramáticas, enredos tangibles. Por algo el libro se titula "Huida". Es una evasión constante, un hacerse y deshacerse, un irse y un volver, un dormir y un despertar.

La heroína o una de las heroínas, —¿confesaré que me he perdido en el tumulto de la danza?— se suicida mucho antes del final, en la página 143, entrándose en el océano. No me pregunten quién era María. Sus antecedentes han huido de mi memoria y considero inútil rastrearlos. No olvidaré, en cambio, las páginas anteriores, desde la 136, que empieza: "Y sin embargo, he aquí a María que en sus vagancias ha vuelto a las lejanas regiones australes de su niñez. Enfila el viento a lo largo de los muros de la vieja casa y en los tejados rebota la lluvia que, luego se precipita por las rajaduras de canales añosas. Ha llegado la noche anterior y ahora está de pie junto a la ventana mirando la borrasca que se inicia". Invito a los lectores a contemplar también esa borrasca iniciada y no perderse las seis o siete páginas que siguen. Son admirables de evocación, de verdad, de ensueño. Uno respira el aire húmedo de la selva y siente caer la lluvia entre los árboles. María Carolina Geel residió un invierno terrible en una terrible isla austral que posee una de sus amigas y, probablemente, el suicidio de María, la de la novela, le haya servido, como el Werther a Goethe, para espantar la tentación que en aquellas remotas soledades, la asaltaría.

Cambiemos ahora el cuadro, pongamos otro diapositivo y observemos una escena urbana, callejera, estival y un poco más que tibia, bien distante de todo propósito mortífero. María Carolina, novelista de verdad, diríamos intrínsecamente novelista, sabe abandonar su mundo interno y hacernos ver cosas diferentes, como si las estuviéramos mirando.

"Es diciembre —pág. 25— y el verano hace madurar rojos frutos fantásticos adentro de los párpados cerrados. La avenida parece hincharse bajo la canícula de la siesta y, no obstante ello, la mampara de una antigua casa de balcones salientes se abre y sale una mujer de curvas extremadamente ceñidas por un traje celeste gris, muy hermoso, aunque algo viejo. Atraviesa la vereda y el prado, cruza la vía cuyo cemento refracta el calor en oleadas, y prosigue por el lado opuesto, silenciosos los pasos por la goma de sus zapatos planos. Ella alza a ratos unas pupilas muy transparentes que se pierden en la distancia sin fin de la avenida. En sentido contrario pasa a su lado un obrero que murmura enardecido y muy bajo algo que no oye, pero que tampoco necesita oír para saberlo, ni ver para saber también que daba vuelta la cabeza y reptaba la mirada viciosa sobre sus formas. Pienso entonces adonde va y a lo que va y, azorándose mucho, produce voluntariamente una confusión en sus pensamientos. Llega a una esquina y espera el autobús. Mira el reloj: lleva cierto retraso. Pasado un rato, llega por fin el vehículo, bastante lleno. Pero se detiene y la mujer sube rápida, paga y empieza a correrse hacia la salida, tarea no fácil, pero en la cual se especializa mecánicamente el habitante de las grandes urbes. Antes de alcanzar su fin, queda bloqueada y entonces un

hombre alto, de aire lánguido, se pone de pie y le cede el asiento. Cuando da las gracias y va a tomarlo, una robusta matrona, dando empujones y casi bufando, lo ocupa firmemente con su humanidad sudorosa".

Nada falta para la escena cotidiana, el "cuadro tomado del natural", la cosa vista y el trozo de verdad humana que los naturalistas perseguían con un afán que fue transmitido a los partidarios de la escuela criolla.

Pero sobre esa "vigorosa desnudez", impalpablemente, insensiblemente, María Carolina deja caer muy pronto, no se sabe cómo ni cuándo, el "impalpable velo" de que hablaba el maestro.

Y un equilibrio queda restablecido.

Vamos a marchar otra vez por el mundo de semisombras que place a la escritora y al que los lectores se acostumbran, porque es distinto y sus claroscuros prestan un aire extraño, digno de interés, a los sucesos menos interesantes. En este mundo, los personajes no sólo sienten sino que, inmediatamente, por una especie de reflejo condicionado, se observan sentir y juzgan sus sentimientos, los aprueban, los desaprueban, se quedan largo rato pensativos. A la acción sigue casi inmediatamente la contemplación. Es lo que llaman introvertidos, lo que antaño se llamaba vida interior o espiritual, camino de la mística.

Sagaz, irónico, González Vera observa que entre la gente pobre también hay sujetos atormentados por alguna anomalía o ruidos por resentimientos, "hasta con el complejo de Chandalá"; pero no duran mucho por dos razones: les pegan con frecuencia y en tiempo no muy largo los aniquila el hambre.

"Sólo entre seres adinerados —agrega—, cultos, tolerantes, pueden conservarse quienes no encuentran sentido a la vida o ignoran qué destino darle, pero que disponen de una cama, de un cuarto, de qué alimentarse, de un traje y hasta de algún dinero para gastos menudos. Mas, el albañil, el carpintero, el peón, el empleado infimo, por desesperados o melancólicos que estén, necesitan trabajar ocho (1) horas para conservar la cama, el traje, el alimento suyo y de otros, y la fatiga de ganarse el pan los reconforta, consume de hecho su malestar y al distraerse pueden sonreír y ven, quizás si a ratos solamente, lo que la vida encierra de hermoso, el gran acontecimiento de ser y de que los demás también sean, se agiten por mil intereses, sueñen, planeen y creen, en conjunto, esa maravillosa sinfonía que es la humanidad. Bueno. Me he disparado".

No se ha disparado: ha disparado y apuntó.

En el dibujo de la misma frase hallanse los dos aspectos de la realidad, las ventajas y también los inconvenientes de la pobreza.

Pero cabría preguntarse si los personajes de María Carolina Geel pertenecen a la clase que no sabe de angustias económicas o a cualquier otra clase. Incógnita. Ella no da la cara: narra como en silencio, absorta, mirando no se sabe qué, y está llena de astutos vacíos, calculados para prolongar la perspectiva. Inútilmente quiere el lector conectar la historia que ella cuenta con la historia que ha vivido, el drama ficticio con el drama real; cuando éste va a esomar sus perfiles, he aquí que de nuevo las líneas del relato se curvan, se pierden, hundiéndose en la sombra, para reaparecer más allá, inconocibles.

Es una novelista bastante singular María Carolina, una novelista con personalidad propia, con un acento inconfundible y, sobre todo, una atmósfera creada incesantemente a fuerza de ritmo, de acento, de sugestión, compuesta de una serie interminable de curiosidades suscitadas y desvanecidas, oleaje que empieza en la primera página, se apaga, se propaga, vive y revive a lo largo del volumen y sólo viene a morir, y eso, imperfectamente, como si deseara continuar, en el último episodio, en Acapulco.

Superior a todas sus novelas anteriores, "Huida" realiza considerablemente el rango de su autora.

Papudo, octubre de 1961.

Alone

(1) En la China comunista son doce o dieciséis horas.